

A MI TIA PEPA

miguel ángel herrero salvador



Capítulo 1

A MI TÍA PEPA

Me piden que escriba acerca de mi vocación literaria a raíz del premio que un jurado ha tenido a bien concederme a la mejor obra de ficción publicada el pasado año por un escritor o escritora novel. Aprovechando la coyuntura que me ofrece esta publicación, me gustaría rescatar de la bruma del olvido a una autora, María José Colabe Torrijos, Pepa para todos sus seres queridos, quien, además de mi tía, fue la persona que más me estimuló y ayudó para que acabara convirtiéndome en escritora. A su muerte, a la edad de sesenta y tres años, en los primeros días de 2011, sólo encontré unas pocas líneas en el obituario de dos periódicos (los mismos en los que antaño ella había escrito alguna columna esporádica). Lacónicamente, se hacían eco de que María José Colabe había sido una escritora de fuerte personalidad que, ajena a los convencionalismos, había roto con los roles femeninos de su época tanto en su vida como en sus libros. No hago un ejercicio de sentimentalismo facilón por parentesco si afirmo que la entidad de la obra de mi tía se merecía un poco más de reconocimiento. Supongo que ese tipo de injusticia, la de que algunas personas cuenten con menos renombre de lo que les haría acreedores la valía de su trabajo (y no sólo en el terreno de la literatura), se ha producido siempre. Ciertamente era que mi tía llevaba voluntariamente retirada desde el año 2001, cuando publicó *Un edredón de espinas*, su testamento literario, su narración autobiográfica de ira y duelo tras el repentino fallecimiento de la que había sido su pareja durante casi dos décadas. Fue con ese libro, mencionado en ambas necrológicas como el cenit de su carrera, con el que mi tía Pepa obtuvo el premio de la Crítica y también el Nacional de Narrativa. Ya no volvería a pública nada más por su expreso deseo, aunque posteriormente hallamos en su casa decenas de cuadernos y libretas con apuntes, relatos, poemas y bosquejos.

Mi tía Pepa, la más pequeña de tres hermanos, había nacido en un pequeño pueblo de Salamanca fronterizo con Portugal. Allí discurrió su infancia y buena parte de su juventud, entre lecturas incesantes y aire puro, aunque con los años mi tía iba sintiendo que se ahogaba en aquel paraje de tarjeta postal. Para escapar del muermo, de la soledad y de la grisura de su existencia, mi tía decidió abandonar la casa de sus padres de un día para otro y se largó a vivir, ya veinteañera, con un joven abogado de Madrid que escribía versos y trabajaba en el despacho de su

padre. Se habían conocido poco antes en Salamanca, en una noche de verano algo loca. El hermano de mi tía, mi padre, cinco años mayor, hacía tiempo que había emigrado al País Vasco; también había hecho lo propio su otra hermana, en su caso a Madrid como asistenta de una familia que vivía junto al parque del Retiro. Cuando ya se empezaba a hablar de boda mi tía Pepa rompió la relación; no amaba a ese hombre y, lo principal, no quería engañarse más a sí misma porque para entonces había solventado sus preferencias sexuales. Mi tía decidió no regresar al pueblo y se marchó a casa de su hermana, que se mantenía en una pertinaz soltería.

El año que falleció el dictador mi tía se matriculó en la facultad de Filosofía y Letras, una de sus aspiraciones postergadas. En aquellas aulas conoció a Catalina, que era unos años más joven y acabaría convirtiéndose en su pareja. Mientras vivió con su hermana mi tía simultaneó los estudios con un empleo a media jornada como dependienta en una tienda de ropa, porque mi tía, aunque menuda, fue una mujer guapa, poseía por entonces una de esas bellezas naturales que no demandan artificio cosmético.

Un decisivo golpe de fortuna vino en su ayuda en uno de aquellos años de efervescencia social y política al resultar agraciada con un buen pellizco en el sorteo de la lotería de Navidad, dinero que le sirvió para aliviar su penuria económica y para contemplar el futuro con algo menos de incertidumbre y preocupación. Se mudó junto a Catalina a un piso en el distrito de Chamberí, lo que le permitió también disponer de un lugar donde su relación dejara de ser tan clandestina y de tiempo para acabar sin prisas su carrera y la que sería su primera novela, en la que llevaba años trabajando. Más adelante los hados se pusieron de nuevo del lado de mi tía cuando, en Barcelona, un pariente cercano de Catalina entró a trabajar en el consejo editorial de Destino. A esta editorial, animada por Catalina, envió mi tía el manuscrito de su novela.

Debutó con *Dime qué debo hacer*, novela publicada a finales de 1981 (pocas semanas antes de que yo naciese). Enseguida la crítica la emparentó con Delibes, con la Ana María Matute inicial, pero sobre todo con Carmen Laforet y su *Nada*. El malestar, la angustia, el conflicto, la confusión sexual en un ambiente campesino, todo eso estaba en aquellas páginas. Esa primera novela, con su aire trágico e intimista y su prosa concisa, le dio a mi tía cierta visibilidad en el mundo literario pero escasa renta. Se resarcó unos años más tarde, en 1985, sorprendiendo a propios y extraños al escribir un *thriller* cuando en este país casi nadie escribía historias así, Thomas Harris y su *Hannibal Lecter* y Stieg Larsson con su saga aún estaban por llegar. Fue *Sirenas en escabeche*, donde una inspectora de policía lesbiana se enfrentaba a un asesino en serie de mujeres que trabajaban de modelos. Era una historia provocadora, coral y urbana, de lectura fácil y trepidante, que incluía varios giros argumentales con un final sorpresivo. Fue su novela más exitosa si nos atenemos a las ventas, centenares de miles de ejemplares en ediciones sucesivas a lo largo del tiempo, traducida a varios idiomas y adaptada al cine unos años

más tarde por el francés Claude Chabrol. El libro surgió de un reto, de la apuesta de una noche de alcohol y bromas, de alguien que, entre los vapores etílicos, apeló al casticismo: *¿A qué no eres capaz de...?* Me contó que era el libro que menos le gustaba, por artificioso, por resultar un entretenimiento de una amenidad frívola (y ella detestaba la frivolidad, decía que servía para manipular a la gente, que acababa volviéndola estúpida, y que había que tener mucho cuidado con la estupidez pues a veces era una antesala de la barbarie), aunque al menos la historia no aburría (Vázquez Montalbán y Juan Madrid hicieron sendas y elogiosas críticas de la novela). En el año 92 mi tía volvió a cambiar de registro, su paisana Carmen Martín Gaité amadrinó y prologó *En la vida floja*, el único libro de cuentos que publicó, alguno de ellos magnífico (*Y Chéjov se hizo tríbada*, fue el comentario de un crítico campanudo de la época). El director Mario Camus llevó después a la gran pantalla el relato más largo y mi tía participó en el guion, que fue candidato en su categoría a los premios Goya. Años más tarde sería mi tía la encargada de prologar una edición que recopilaba los cuentos de una maestra del género, Cristina Fernández Cubas, buena amiga suya hasta el final de sus días. Ya no publicaría nada más hasta el año 2001, con el mencionado *Un edredón de espinas*. Pese a todo, sí que pude leer a mi tía regularmente en una publicación semanal (en la desaparecida revista *Tiempo*, con una reseña de libros) y en otra mensual (en *Fotogramas* escribía artículos sobre cine, otra de sus pasiones), donde colaboró durante varios años seguidos.

Mi tía concebía y afrontaba el proceso de escritura no como algo elitista o intelectualoide sino más bien como el trabajo de un artesano, como el carpintero que hace una silla o el alfarero que da forma a una vasija. Madera, barro, palabras. Y mi tía se peleaba con ellas hasta la extenuación, podía ser muy concienzuda y honesta consigo misma. Borradores y más borradores. Ese constante y esmerado esfuerzo por una composición armoniosa entre forma y contenido le traía de cabeza. Cuando leía en voz alta alguna frase o algún párrafo y por lo que fuera no le sonaba bien, no le gustaba la cadencia, lo rechazaba de inmediato. Y a menudo sucedía que aquello que daba por bueno a la mañana ya no le servía por la noche. Demasiada exigencia, demasiado inconformismo, que, unido a sus numerosos altibajos de salud, indisciplina y pereza ("Me cuesta ponerme", decía), lastraron mucho su producción.

Y lo mismo disfrutaba con Agatha Christie, Patricia Highsmith o Stephen King que con Flaubert, Kafka o los rusos del XIX, por citar sólo a algunos de sus escritores extranjeros predilectos y más admirados. No hacía distinciones entre literaturas, repartía honores y agravios por igual, sin complejos ni prejuicios. Lo imperdonable para ella, lo que detestaba realmente eran las novelas que la aburrían (algo que hacía extensible a las personas). Jamás aprobó ese prestigio, impostado y esnob, del aburrimiento en la literatura. Y como a ella, también a mí el libro que más me gusta es aquél que me incita a levantar la mirada del texto para rumiar durante un instante lo leído. Como escritora en ciernes siempre me

dio dos consejos: por un lado, perseverancia y determinación; por otro, lecturas constantes, provechosas, y escribir, escribir muchísimo. A la vez que se preocupaba en inculcarme la humildad, el escepticismo, la discreción. "Si hay que brillar, mi niña, siempre es mejor hacerlo desde la sombra que desde el narcisismo. No te expongas innecesariamente".

"Cuál es la cosa más difícil, me preguntabas en tu anterior carta. Para mí, sin lugar a dudas, intentar llevar la vida que uno desea..., sin lastimar a nadie". Tengo grabada en la cabeza esa frase de una de sus cartas. En esa misiva también me escribió: "Que en algún momento de tu vida, mi niña, te va a tocar sufrir es una de las pocas certezas que existen. Porque generalmente la vida es un asunto complicado y poco agradable". Había cumplido ya los dieciocho, pero me seguía llamando "mi niña". Durante muchos años mi tía y yo mantuvimos una fructífera correspondencia que ella alentó porque desdeñaba el teléfono y porque le hacía mucha ilusión que la escribiese. En aquellas cartas yo le daba mi parecer de los libros que había leído, de las películas que había ido a ver al cine, le hablaba de mis ligues, de cómo me iba en los estudios, y a veces le mandaba también alguno de mis relatos de principiante, que ella me devolvía siempre con sugerencias y correcciones a rotulador rojo. Aún conservo todas sus cartas, han sobrevivido a los avatares de unas cuantas mudanzas.

El miedo cerval de mi tía a conducir y a los coches en general tan sólo era equiparable al que le producía visitar al dentista. El descuido de su salud bucodental a lo largo de los años, unido a su tabaquismo, había provocado que le faltaran varias piezas que no había querido reponer con implantes pese a la insistencia de su médico y de sus parientes. Uno de los motivos por los que mi tía nunca quiso aprender a conducir fue por superstición, porque de joven había tenido un sueño recurrente en el que se mataba al volante de un coche. Fue el amor de su vida, en cambio, el que falleció en un accidente con su automóvil una noche de invierno de 1998.

La muerte prematura de Catalina transformó radicalmente a mi tía en una persona taciturna y fatalista. Y para mucha gente que no la conocía adquirió una fama de ogra que no se ajustaba a la realidad (salvo cuando estaba muy bebida o soportaba una resaca brutal). Sí que había habido en el pasado algo de eso, pero pocas veces, con determinadas personas, casi siempre fruto de una reacción. Ásperas discrepancias, desplantes, hasta malos modos con algunos periodistas de cierta prensa que durante un tiempo, por su condición sexual sobre todo, la habían ninguneado inmerecida, injustamente. Debe de ser muy fácil porque sigue sucediendo: tras la etiqueta se establece el prejuicio (y en esta época nuestra, a veces el linchamiento digital). Quizá no se le perdonaba a mi tía su individualismo severo en algunas de esas entrevistas que dio en las que se declaraba republicana, socialista, anticlerical (que no irreligiosa), y en las que, haciendo gala de su recio carácter, hablaba sin ningún tapujo del aborto libre y del derecho a la eutanasia cuando no reclamaba una legislación que igualase los derechos de las personas homosexuales. Por

aquellos días esas valientes aspiraciones sonaban a pura aberración para una mayoría de la sociedad biempensante. Seguramente porque en su momento le había tocado padecer lo suyo mi tía nunca se arredró ante nadie, tenía muy claras cuáles eran esas causas ineludibles y universales que dotan de significado y dignidad la existencia de toda persona y por las que siempre iba a merecer la pena la rebelión, la lucha, el compromiso, el sacrificio.

Esa extendida percepción de persona hosca y distante a mi tía le cerró algunas puertas y le impidió abrir otras que tal vez le podrían haber servido de ayuda en su carrera. Lo que se conoce como estar dentro o fuera de los distintos círculos de poder. Tampoco le favoreció su carácter introvertido y reservado, siempre muy cuidadosa de su privacidad.

Después de la tragedia yo fui una de las poquísimas personas con las que mi tía lograba explayarse sin que le supusiera un esfuerzo sobrehumano. Después de la tragedia abandonó Madrid y se marchó a vivir a un pueblo del interior de Cantabria, al chalé que en su momento se habían comprado con los pingües beneficios de su segunda novela, donde acostumbraban a pasar el periodo estival y adonde habíamos ido a visitarlas con frecuencia porque siempre éramos bien recibidos. Allí recluida mi tía dejó paulatinamente de leer, de escuchar música, de ver películas y, por supuesto, dejó de escribir; sucumbió primero a la pena y más tarde a la depresión, una caída sustentada con alcohol, tabaco, pastillas e insomnio, un derrumbe que la condujo al borde de la muerte y al posterior ingreso en una clínica.

A partir de cierta época la recuerdo con una copa en la mano, motivo por el que en alguna ocasión mi madre se quejó a mi padre de que quizá no fuera lo más idóneo que una adolescente pasara tanto tiempo junto a una persona alcohólica a todas luces. Pero los pocos días que compartíamos al año para mí era todo un placer estar con ella mientras me hablaba de libros (*Stevenson, Twain, Dumas, Conan Doyle*) o veíamos sentadas en el sofá alguna película de su ingente colección de clásicos en vídeo y DVD: Chaplin, Ford, Wilder, Hitchcock, Berlanga, Kurosawa...

Con los años el deterioro físico de mi tía se acrecentó hasta lo evidente. Su cuerpecito era básicamente piel y huesos. Aparentaba mucha más edad, aunque ése fue un aspecto que jamás le importó. Había vivido siempre libre de la coquetería, para ella otro reflejo, esta vez mercantilizado, de la frivolidad. En sus últimos tiempos repetía mucho cómo la fragilidad impregnaba todo cuanto éramos y poseíamos. "Hay personas que necesitan poca cosa para morir. Y en el fondo yo creo que siempre he temido ser de esas personas". Quizá barruntaba que su fin estaba próximo, algo en lo que mi tía fue afortunada. Tuvo una buena muerte, plácida y sin agonías. Una muerte lenta y costosa era uno de sus mayores temores, le aterrorizaba casi tanto como una carencia progresiva de la lucidez. Horas antes de morir estuvo acompañada por una vecina

que solía quedarse a cenar con ella. Comió una tortilla francesa y una manzana asada en el horno. Se tomó con un vaso de leche las pastillas para sus numerosos achaques y estuvo leyendo un rato en su sillón de siempre. Luego se acostó para ya no despertar. Un infarto cerebral se la llevó en las primeras horas del cuatro de enero. La vecina de la casa de al lado fue quien dio la alarma al ver que la persiana de la habitación de mi tía permanecía completamente bajada a las doce del mediodía y al escuchar los continuados ladridos de su pequinés dentro de la casa. Mis padres y yo habíamos pasado la Nochevieja con ella, teníamos planeado celebrar juntos también la epifanía. Los Reyes Magos. Los Reyes Magos y mi tía. Los Reyes Magos y yo.

Sucedió una tarde en la casa de Catalina y de mi tía, en uno de esos días felices de verano de finales de los ochenta. Entré un momento en su despacho (la regla era que nadie podía entrar allí si estaba trabajando, pero yo constituía la excepción) y al ver que no había nadie (mi tía se había ausentado para bajar a la cocina) la curiosidad me llevó a su mesa de trabajo, atiborrada como siempre de libros, diccionarios y papeles, y a su máquina de escribir y al folio que había en el carrete. En el folio, al inicio, había una cita de Chesterton (la he tenido que buscar en internet): *La única educación eterna es ésta: estar lo bastante seguro de una cosa para atreverse a decírsela a un niño*. Mi tía la empleaba como contraposición a esa grandiosa y sempiterna mentira secular: la existencia de los Reyes Magos, de Papá Noel. Me quedé pasmada con su lectura, y recuerdo haberle preguntado en cuanto regresó con un vaso en la mano, probablemente un whisky, si lo que había escrito en esa hoja significaba que los Reyes Magos no existían. Antes de que me contestara recuerdo también la música de piano de fondo, cuando estaba trabajando mi tía escuchaba machaconamente discos de Satie, de Chopin, de Schubert. Aún puedo evocarla de pie frente a mí, diciéndome con una sonrisa que si yo quería creer en los Reyes Magos, pues entonces los Reyes Magos existían. Quizá vio que me entristecía porque, pasándome su mano por mi mejilla en una caricia, me dijo unas palabras similares a éstas: "Mira, mi niña, tampoco existen el cielo y el infierno y en cambio hay muchas personas que prefieren creer lo contrario porque eso les ayuda y les hace sentir bien. Lo que una cosa o un hecho son en realidad y lo que queremos que sean para nosotros a veces no tiene nada que ver". No hacía falta mucha perspicacia para comprender que no, que los Reyes Magos no eran magos y no visitaban durante una noche señalada las casas de millones de niños y niñas dejando los regalos que les habíamos pedido por carta. Cuando algunos años más tarde mis amigas iban descubriendo este maravilloso embuste universal yo esbozaba una sonrisa y me acordaba de mi tía, quien rompió sin querer mi candor navideño antes de tiempo.

Unas semanas después de su muerte, en una mañana de sábado fría y nubosa la familia y algunas de sus amistades nos reunimos en un acantilado que rodea la playa de los Locos, en Suances. Cristina Fernández Cubas se encargó de decir unas emotivas palabras durante la

breve ceremonia antes de que arrojásemos las cenizas de mi tía Pepa al mar Cantábrico, su última voluntad.

Para el final, permítanme un consejo: acudan a su biblioteca más cercana y llévense a su casa alguno de los libros de María José Colabe Torrijos, Pepa para todos sus seres queridos, y para sus lectores también, por qué no. Hagan la prueba. Elijan el que prefieran. Les garantizo que no se arrepentirán.